



RECORDANDO A EMILIO

Pedro Troncoso Sánchez

En los años veinte conocí a Emilio Rodríguez Demorizi. Había nacido en Sánchez y su infancia y adolescencia las pasó en Puerto Plata. Luego vino a Santo Domingo a estudiar Derecho. Mi padre fue uno de sus profesores, y le tomó gran aprecio cuando le advirtió su extraordinario amor a la historia y su vocación de investigador. Lo invitó a hacer la pasantía estudiantil en su oficina de abogado. Fue la ocasión en que nos hicimos amigos. Para ganarse la vida consiguió un empleo en la Secretaría de la Cámara de Diputados, probablemente a diligencias de su cuñado José Puig, representante de Puerto Plata.

Así como en la Universidad le enseñaba mi padre algunas ramas de la ciencia del Derecho, en el bufete lo iniciaba en la práctica de la profesión de abogado, que bien poco ejerció, pues tal era en Emilio su dedicación a la historia que a ella dedicaba preferentemente su inteligencia y su tiempo.

Años después me dijo que cuando todavía no nos conocíamos había presenciado como simple curioso, en la catedral, mi matrimonio con Olga, mi mujer. Eso fue el 27 de julio de 1929. También me contó que asomado él a una de las puertas del salón de sesiones de la Cámara de Diputados, me había visto actuar como diputado a la Asamblea Revisora de la Constitución celebrada en el mismo año.

En la década de los treinta coincidíamos a menudo en actividades culturales, especialmente en el Ateneo Dominicano, en jurados de certámenes y en el local de la Sociedad Acción Cultural. En aquella época advertí en Emilio lo reacio que era a tomar parte activa en eventos públicos. Su inclinación fue siempre la de trabajar en la intimidad de su archivo-biblioteca, evitando hablar ante un concurso de personas. Por eso es difícil recordarle pronunciando discursos o conferencias o compareciendo en la televisión o la radio. Esa timidez de Emilio, que quizás era una forma de agorafobia, en ocasión de celebrarse en el Ateneo el centenario de Hostos en 1939, me comprometió a leer ante el auditorio un discurso de él porque a última hora se había excusado alegando un quebranto. Yo sé que él realmente se enfermaba cuando tenía que hablar en público. El tema de su trabajo era "Luperón y Hostos", que más tarde se publicó con el prólogo mío.

Lo que en otra persona que no sea un titán de la investigación histórica como lo fue él, sería un atributo negativo, en el eximio estudioso es más bien una prueba de su incansable sacerdocio. En aquella ocasión me lo imaginé aprovechando el tiempo nocturno pegado a su escritorio repleto de papeles mientras yo lo representaba en la solemnidad.

En el decenio de los cuarenta se inicia en Emilio la labor fecunda que continuó hasta el presente de los ochenta. Desde entonces hasta este año produjo un promedio de 33 libros por década. Esa vasta producción, que es inapreciable legado a los estudiosos del presente y del futuro, fue sólo posible por ser fiel a su vocación y a su destino, expresados en una frase que solía repetir: "yo no le vendo mi tiempo a nadie". Su trabajo de historiógrafo no cesaba estuviera donde estuviera y cualquiera fuese el puesto que ocupara: En Santo Domingo, en Colombia, en Italia, en Nicaragua, en España, en Francia, en Inglaterra o en los Estados Unidos de América. Desempeñaba sus cargos pero sin mengua del tiempo que le imponía su destino. Con esa condición los aceptaba. Su tiempo, su verdadero tiempo, era sólo el de su labor historiográfica. En ella se mantuvo hasta el día en que cayó para no levantarse.

Coincidimos en Roma entre 1949 y 1952. Era él Ministro Plenipotenciario ante el gobierno italiano y yo Embajador ante la Santa Sede. Entre nosotros dos y las respectivas familias se mantuvo, por supuesto, una constante frecuentación. En una tarjeta postal que recién llegado a la Ciudad Eterna le envié a mi padre, decía: "Aquí en Roma ,con San Pedro y Pedro". Solíamos reunirnos con los esposos Vicini-Rossi: Atilano e Irene. Nuestro restaurant favorito era "Il Bucco", en la Piazza del Colegio



Romano. Como llegamos a conocer nuestros respectivos gustos, algunas veces se adelantaba Emilio a pedir el plato que yo iba a elegir: "pollo senza osso". Cuando Irene de Vicini, muy aguda de entendimiento, le imputaba en broma alguna malicia, él se defendía diciendo: "poveretto io".

A veces hastiábamos a los amigos con prolongadas conversaciones acerca de asuntos de historia dominicana, sobre todo cuando no concordaban nuestras opiniones, especialmente en relación con Pedro Santana. No obstante esta divergencia, revisé mi estudio "Santana en la Balanza" en que el caudillo anexionista queda malparado. También me ayudó en un trabajo acerca de Hostos. En general, sin la cooperación de Emilio, como también la de Vetilio Alfau Durán, me hubiera sido más difícil producir en materia histórica y quizás no hubiera escrito la biografía de Duarte. También es de notar que la colección del Boletín del Instituto Duartiano cobró su mayor importancia gracias a las colaboraciones de ambos ilustres historiadores.

En la etapa romana de nuestras vidas fui testigo de la gran cooperación que al historiador prestaba la abnegada Silveria, su esposa, hija del historiador y geógrafo C. Armando Rodríguez. Silverita estaba hecha como a la medida para ayudarlo, con su cultura, su bondad y su paciencia. Para ordenarle sus papeles, formarle bibliografías, hacer índices analíticos de sus libros, revisarle originales y para que cada libro y cada documento estuviera en su lugar. Ida a destiempo, mucho antes que él, ella es digna de que se le rinda el homenaje de un recuerdo cuando se valora la obra dejada por Emilio Rodríguez Demorizi.

Los asuntos de la Academia nos mantenían en constante comunicación. Eran las obligadas relaciones entre Presidente y Tesorero para tratar problemas y especialmente manejar la edición de libros y la del órgano oficial de la institución, que es la revista CLIO. Sus llamadas por teléfono a mi oficina eran naturalmente muy frecuentes y a la secretaria que hace de recepcionista en mi oficina le intrigaba la forma lacónica en que el académico presidente llamaba y se identificaba: "¿Oficina Troncoso? Buenos Días.— Con Pedro.— ¿De parte?— Emilio.—"

La última vez que lo vi en plena posesión de sus facultades fue cuando, enfermo yo, me visitó en la clínica Abreu. A poco lo visité moribundo él, en el mismo centro hospitalario. Me miraba fijamente con los ojos muy abiertos, como queriendo decirme muchas cosas. Quiso hablarme y no pudo.



Emilio, creo saber lo que deseaste recomendarme: tu Fundación, tu Academia, tu Mercedes Clara de tu alma. Te estoy cumpliendo.

